



Un momento de descanso

Autor: Antonio Orejudo

Editorial: Tusquets

Lugar y año: Barcelona, 2011

Páginas: 241

SIN AMBAGES

Con esta su última novela, Antonio Orejudo (Madrid, 1963) pone el dedo en la llaga universitaria. Orejudo, se le nota, vive la Universidad en primera persona (es profesor titular de literatura española en la Universidad de Almería) y por ello tiene toda la legitimidad para hacer de su narración una crítica sarcástica y certera de esta consabida endogamia que puede ser el origen de algunos de los males que achacan esta institución. Temática que, a la vista de las dentelladas que ahora se lanzan desde el Ministerio a la educación en general y a la universitaria en particular, puede ser de máximo interés para propios y extraños del mundo de la formación superior.

En la novela el narrador, casualmente

llamado Antonio Orejudo, se encuentra con un antiguo compañero, Cifuentes, con el que inicia una búsqueda que más bien se convierte en el desafío último de desenmascarar a los conspiradores que de una u otra forma decidieron sus destinos. Ambos, antiguos compañeros de facultad y de primeros trabajos en Nueva York, vuelven la vista atrás de sus respectivas experiencias, lo que da lugar a un jugoso juego de ironías y escenas que hacen de la lectura de esta novela un verdadero momento de descanso. Crítica incondicional y sin ambages del sistema universitario, de unos planes de estudios pragmáticos y posiblemente irracionales, de un deterioro de las humanidades que, en fin, puede llevarnos a una situación irreversible.

Antonio Orejudo sabe contar, y sobre todo sabe hacer de la literatura una experiencia gozosa. Sus anteriores novelas (*Fabulosas narraciones por historias*, 1996; *Ventajas de viajar en tren*, 2000; *Reconstrucción*, 2005) son muestra de ello y con esta prosigue una trayectoria que nos tranquiliza. Porque entre tanta crema de avellana, bueno es encontrar de vez en cuando un poco del mejor Guijuelo. Es un narrador

hábil pero sin fuegos de artificio, un cronista de la vida diaria (la suya) inmersa en una institución secular. Una institución que hoy se sabe en el ojo del huracán, quien sabe si, en parte, por esos vicios que Orejudo denuncia en su novela.

El autor conoce el oficio. Porque en estos tiempos tan difíciles, sumergirnos en un texto cargado de humor y lucidez es algo muy de agradecer. Ambos rasgos acompañan la obra de Orejudo, donde es difícil de escoger entre los personajes (esa profesora norteamericana que fotografiaba los glándes de sus autores preferidos) o las escenas (el tribunal de la plaza de profesor de Castillejo es quizá una de las más valientes que se puedan leer en la literatura española sobre el acceso a la docencia universitaria, donde es bien sabido que hay catedráticos y catedráticos...).

Antonio Orejudo es, en fin, uno de esos autores que nos permite reconciliarnos con la literatura. Con la mejor literatura. Aquella que no tiene prisa. Y que no cuenta el número de ejemplares. Cuenta historias.

**Eugenio Sáenz
de Santa María Cabredo**